

cidar las conclusiones a las que arribará.

Una vez que un emergente cultural es percibido se suma a la cadena comunicativa que construye un determinado género, y formará parte del análisis de las experiencias posteriores. La creatividad de un nuevo objeto se relaciona con la estructura de significados propuesta en dicha cadena y con las ya establecidas como válidas dentro del campo específico, si la estructura propuesta por la nueva obra manifiesta nuevos recorridos, nuevas interrelaciones conceptuales le proporcionará al espectador diferencias que lee como nuevas, pero acotadas dentro de un espacio conocido por él, el del género. Ahora, ¿La definición de arte debe ir más allá de la lectura genérica?. El progreso de las ideas, sostiene Calabrese¹, nace casi siempre del descubrimiento de relaciones insospechadas, de uniones inauditas, o de redes inimaginadas. Un descubrimiento es, usualmente, el hallazgo de sentidos donde parecía reinar la ausencia, no como parte de un descuido sino la ausencia como una respuesta a la estructura de significados propuesta. En este caso el descubrimiento se convierte en una experiencia única e individual, e imposible de convertirse en colectiva por la casi absoluta subjetividad de la respuesta obtenida.

Ahora bien en relación a como se vinculan los nuevos recorridos con los ya establecidos, Calabrese citando a Sarduy² replantea la idea del círculo virtuoso, (que formulara Derrida en «la verdad sobre la pintura»), esa imagen del conocimiento con presunción de perfección y que en forma excluyente desplazara fuera de toda validez a lo que no perteneciera a su núcleo de pensamiento, para proponer para el actual sistema de comunicación una espiral de fuerza centrífuga que parte desde un centro: el género ya acreditado, y que en su desarrollo por alcanzar nuevas propuestas se impulsa hacia el exterior indefinidamente proponiendo una cadena semiótica emergente. Cada espacio de conocimiento transitado se integra y acredita al género a través de la percepción del espectador regenerando al conocimiento originario y volviendo viejo lo presumido de nuevo. Es así como el gusto colectivo se reformula constantemente alimentado por los emergentes producidos día a día.

En su intención de formular un gusto colectivo ligado a parentescos o conexiones recíprocas, Calabrese sostiene que toda sociedad, en su continua construcción de una identidad que le permita reconocerse a sí misma e integrarse colectivamente a través de un sistema de normativas, produce cambiantes propuestas de valor desde donde leer y juzgar cada hecho y cada obra que transita la cultura en un momento determinado.

Este proceso dinámico de reformulación permanente de propuestas de valor, pulveriza el concepto de la trascendente erudición que centró la representación clásica, dando lugar a valores culturales más horizontales, múltiples y pluralistas, e ineludiblemente más efímeros y circunstanciales.

En síntesis, la construcción de objetos culturales nos pone frente a una eterna disyuntiva, el reconocimiento de la validez a través de nuestras propias y conocidas formas estilísticas, o el recorrido de nuevas propuestas imbricadas en raros y fascinantes emergentes, por momentos menos efectivos a la comunicación, pero siempre vitales, intensos y profundamente artísticos.

Referencias

¹ Calabrese, Omar (1987). La era Neobarroca. Madrid: Cátedra. pp.17-23.

² Ibidem. pp.26-33.

Dificultades de aprendizaje.

Andrés Senderowicz

Cada vez que se reúnen docentes, el tema obligado son las dificultades en el aprendizaje de sus alumnos. Este tema es una constante desde hace largo rato. Y los comentarios acuerdan en asignar responsabilidades a situaciones socio-económicas, a leyes educativas, a procesos madurativos, a cambios de referentes culturales, todas cosas ciertas, pero creo que tenemos que instalar la concepción de cambiar esta situación, especialmente por la responsabilidad que nos pueda caber, en tanto y cuanto, nuestra condición de docentes universitarios. Y en este cambio nos deben acompañar las autoridades y los propios estudiantes.

¿Cómo se manifiestan las dificultades en el aprendizaje? Pues podemos señalar los errores gramaticales de todo tipo, ortográficos y de sintaxis; la falta de puntualidad y de asistencia a clase; los poquísimos conceptos aprendidos en la enseñanza secundaria con los que ingresan a la Universidad; el desinterés por el profundizar en las materias que se estudian; la disminución en la capacidad de abstracción, etc.

¿Cuáles son las responsabilidades correspondientes en esta situación de baja en los niveles de aprendizaje?

Podemos enumerar, entre otras, a las diversas implementaciones de la Ley Federal de Educación, según las jurisdicciones; a la disminución de la maduración emotiva e intelectual de los estudiantes en el momento en que ingresan a la Universidad, respecto de épocas anteriores; al reemplazo de la cultura bibliográfica por la cultura informática; al reemplazo del saber mediante el estudio y la reflexión por la ingerencia de la televisión como fuente de sabiduría, conocimiento y verdad; la situación socio económica, que afecta no solamente a los sectores más humildes, sino también a los sectores medios, en proporciones no vistas en muchos años.

El listado de las responsabilidades es a título enunciativo, y sería interesante en su momento que se hiciera el gran debate sobre las distintas incumbencias y responsabilidades.

¿Pero, se agotan acá los problemas? No sería importante que asumamos, nosotros los docentes, una cuota de la responsabilidad? Cuántas veces hemos escuchado «...no soy docente de la secundaria...», ¿cuántas veces se ha hablado sobre los problemas que tienen los otros, pero no los que tenemos nosotros, negando que tengamos conflictos?

¿No tendríamos que ver si nuestras clases están dictadas con conciencia y conocimiento sobre a quiénes las destinamos? ¿Verificamos si existe o no aburrimiento por parte nuestra y de los estudiantes?

Y digo esto porque muchas veces las clases se dictan burocráticamente, sin asumir los desafíos que los tiempos implican y sin el entusiasmo que creo se debe tener. Y de la misma manera las toman entonces los alumnos.

Otro tema es la capacitación docente. La mayor parte de los docentes universitarios son profesionales que, parcialmente o totalmente, se dedican a la enseñanza. Creo que es una responsabilidad de las autoridades en cada Universidad el ayudar a sus docentes con la capacitación específica, como ha hecho la Universidad de Palermo. Pero también hay cosas vinculadas a la capacitación docente que deben correr por cuenta de nosotros mismos, como el estudio de la gramática y sintaxis castellana.

Hay otra cuestión que por lo menos en la carrera en la cual doy clases (Cine, Fotografía, Imagen y Sonido) es importante (no sé si en otras profesiones pasa lo mismo, pero supongo que sí). Me refiero a la experiencia profesional de los docentes. Creo que no se está en condiciones de enseñar la base teórica de una asignatura sin dominarla con la experiencia concreta. Y por supuesto que también es de suma importancia dominar esa base teórica. No olvido que en una materia que dicté tiempo atrás los alumnos me comentaron que no tenían experiencia en que los docentes de esa carrera pidieran bibliografía.

Sobre la bibliografía, creo que sería bueno no indicar la únicamente la lectura de algunos capítulos, ya que creo que es mejor la lectura del libro entero.

También ayudaría, por supuesto, que los docentes sean retribuidos de manera acorde con el esfuerzo exigido, ya que no se puede pretender que en la cabeza del profesor no hay una importante parte destinada a las tribulaciones que su cada vez más pequeña retribución le ocasiona.

También se hace necesaria, en las materias que se necesita, la mayor y mejor existencia de equipamiento, de manera que los alumnos puedan hacer la experiencia más continua, cosa de fijar más los conocimientos recibidos.

Finalmente, creo que ha llegado el momento de pensar si no conviene disminuir el nivel de los conocimientos impartidos al principio de una carrera, y eventualmente prolongar la duración de las materias, de manera de mantener el nivel académico deseado. Esto puede significar la prolongación de alguna carrera, pero sería compensada, en líneas generales, por la disminución de los abandonos, deserciones y repeticiones que se producen hoy día.

Cómo sobrevivir a primer año.

Antonio N. Sensini

De la prueba al parcial, de la carpeta número tres a los cuadernos de espiral, del recreo en el patio al café en el bar no sólo median las vacaciones. Para la mayoría de los jóvenes que terminan el secundario e ingresan en la universidad, hay un abismo.

El primer año de la carrera universitaria exige un esfuerzo doble. Los números dejan en evidencia las dificultades que esto implica: se calcula que, en promedio, el 50% de los ingresantes en las universidades argentinas abandonan la carrera antes de completar su primer año en el aula.

Según las cifras oficiales, cada año unos 350.000 jóvenes comienzan sus estudios universitarios en el país, un número que en 2000, representó el 76,7 % de los que ingresaron del nivel medio.

Los recién llegados a las facultades cargan con varios pesos: una formación secundaria que no les ha dejado hábitos de estudio, la necesidad de trabajar mientras cursan la carrera, en muchos casos y una variedad de mitos que causan temor. Por ejemplo, que «en la universidad uno es un número», que los profesores son eminencias que no tolerarán preguntas ni equivocaciones, que no podrán estudiar «tantas páginas» y que, por los próximos años, se acabó todo lo que no sea estudiar.

Sobrevivir es posible, sin embargo. La clave, dicen los que saben, es reconocer, que entrar en la Universidad exige, antes que nada, un cambio de actitud: desde ahora, la responsa-

bilidad individual será el motor, sin que esta autonomía signifique aislamiento. Por el contrario, adquirir un ritmo propio de estudio demanda buscar apoyo en los compañeros —tan asustados como uno mismo—, en los profesores y en las propias universidades.

Mal de muchos

«El principal problema de los jóvenes que empiezan la universidad es de actitud más que de conocimientos. No tienen una idea clara de lo que se espera de ellos. No saben que a partir de este momento tienen que ser más activos en la construcción de su conocimiento, estar dispuestos a poner mucho de sí mismos, hacer su camino y manejar los tiempos». El primer paso para enfrentar los miedos es pensar que la sensación no es original, sino masivamente compartida. «Lo primero es reconocer que tener miedo a encontrarse con algo nuevo y con docentes que se imaginan distantes es universal. Todos lo tuvimos, y muchos lo pasamos».

Existe un arma eficaz para enfrentar los temores: La certeza vocacional. «Cuando uno tiene claro lo que quiere hacer, el proyecto propio, se pueden superar más fácilmente los miedos. Se puede entender que las materias no son obligaciones para ir tachando en la carrera hasta el título, sino partes de la formación profesional necesaria.

Lograr hábitos de estudio es la clave siguiente. «Los jóvenes tienen que pensar que el estudio es un trabajo: ver con qué posibilidades horarias cuentan y organizarse el día y la semana, con todas las otras actividades que realizan, incluidas las recreativas». «El estudio universitario es una actividad autónoma: ya nadie los obliga a hacerlo.»

Trabajo propio

A diferencia del secundario, donde el tiempo en el aula a menudo era suficiente para aprobar, la Universidad exige trabajo personal: «Es imposible no tener actividad fuera del aula. Hay que acompañar la cursada con trabajo propio, y eso les cuesta a muchos al principio». Para el docente, «a medida que avanzan en la carrera, cada vez más serán evaluados sobre conocimientos que tienen que haber adquirido fuera de la clase».

«Lo ideal es plantearse metas cortas, y la primera es la próxima clase. Les recomiendo no ir a una clase sin haber leído el material de la anterior, ir siguiendo la cursada, estar al tanto de los materiales bibliográficos que se piden, reunirse con los compañeros para trabajar y no esperar el examen para sentarse a estudiar».

Memorizar, que lo que solía dar frutos en el secundario, en la facultad queda descartado. Muchos jóvenes saben que hasta ahora estudiaron poco y llegan con la idea de que no van a poder con todo lo que se les va a exigir, que no van a tener tiempo y que se terminó cualquier tiempo de diversión». La otra fantasía extendida es la del anonimato, sobre todo en instituciones masivas. «En la escuela los conocen por nombre, muchos han estado en la misma institución desde el jardín de infantes, y ahora pasan a un mundo con códigos diferentes. A muchos les cuesta incluso entrar en el edificio». Para sobrevivir, lo mejor es asociarse con otros. Por ejemplo, con los docentes, que los nuevos universitarios suelen colocar en un pedestal de sabiduría, en el lugar opuesto en que ubicaban a sus desvalorizados profesores del secundario.

«Hay que pensar que los profesores están al servicio de los estudiantes, para formarlos profesional y personalmente. No hay que tenerles miedo, sino acudir a ellos». Los jóvenes